

MIGUEL DE UNAMUNO, EL ATENEÍSTA,  
EL POLÍTICO Y LA II REPÚBLICA

**José Manuel Azcona**

*Profesor-Doctor de Historia Universal Contemporánea de la  
Universidad Rey Juan Carlos de Madrid*

**M<sup>a</sup> Dolores Azpiazu**

*Secretaria General de la Sociedad "El Sitio"*

**MIGUEL DE UNAMUNO, EL ATENEÍSTA,  
EL POLÍTICO Y LA II REPÚBLICA**

## ***MIGUEL DE UNAMUNO, EL ATENEÍSTA, EL POLÍTICO Y LA II REPUBLICA\****

JOSÉ MANUEL AZCONA  
M.<sup>a</sup> DOLORES AZPIAZU

Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao en 1864. Hijo de un comerciante indiano, a los seis años de edad fallece su padre. Le llamaba profundamente la atención al joven Miguel la biblioteca de su progenitor y es, desde este momento, cuando empieza a descubrir el verdadero valor de los libros. Siempre se sintió profundamente vasco y español, lo que influyó en su sentido y uso de la lengua cervantina. De la persona de su abuela, recibió el coraje de la vida civil y de su madre la religiosidad.

A los diez años asiste como testigo al asedio de su ciudad durante la Segunda Guerra Carlista (lo que luego refleja en su novela "Paz en la Guerra"). Cursa estudios en el Instituto de Bilbao y, después, a los dieciséis años, se traslada a Madrid para estudiar Letras. Durante su estancia en la capital no sale por las noches, acompañándole el recuerdo de su novia Concha. Le hace falta su tierra natal. Sus profesores eran krausistas ramplones, los textos vacuos y los estudiantes no estudiaban. Es en esta época cuando también experimenta la pérdida de la fe. Obtiene la Licenciatura en Filosofía y Letras, a los diecinueve años, con la clasificación de Sobresaliente. Al año siguiente se doctora con una tesis sobre la lengua vasca, denominada "Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca", en la que anticipa sus posturas contrarias al nacionalismo vasco de Sabino Arana. Vuelve a Bilbao, se casa y prepara unas oposiciones para la cátedra de griego de la Universidad de Salamanca, mientras tanto se dedica a dar clases particulares y realizar algún viaje por el extranjero. Obtiene la cátedra de griego en 1891 y permanece en ella hasta 1901, año en que fue nombrado Rector.

En 1897 sufre una profunda crisis religiosa y ese mismo año se da de baja en el Partido Socialista, en el que militaba desde 1894. Su espiritualismo absorbente y la obsesiva forma de la religiosidad unamuniana, va a configurar de manera

---

\* Conferencia-Coloquio pronunciada en Madrid, el 3 de diciembre de 2003.

decisiva su retirada radical del marxismo (materialismo histórico y dialéctico) y también su separación gradual del socialismo pero no del progresismo social. En 1914 el ministro de Instrucción Pública lo destituye del rectorado por razones políticas. Unamuno aparece entonces como el mártir de la oposición liberal. En 1920 es elegido por sus compañeros Decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Es condenado a dieciséis años de prisión por injurias al rey Alfonso XIII pero la sentencia no llegó a cumplirse. En 1921, sus compañeros, de nuevo le nombran Vicerrector. Sus constantes ataques al rey y al dictador Primo de Rivera hacen que éste le destituya nuevamente de sus cargos universitarios y lo destierre a Fuerteventura en febrero de 1924.

Unamuno fue una consecuencia de su circunstancia histórica, la de una monarquía conservadora que, en 1923, desembocó en la Dictadura de Primo de Rivera que, en principio, Alfonso XIII apoyó. La postura, pues, de don Miguel fue forzosamente liberal, era su manera de concebir la vida, de su actitud espiritual. El liberalismo unamuniano era una visión del mundo, de la expresión de la verdad y de una fe en la capacidad individual dentro de la libertad. El 9 de junio es indultado pero él se destierra voluntariamente a París y luego al País Vasco-francés, donde no se sentirá realmente contento.

En 1930 cae el Régimen de Primo de Rivera y en 1931 regresa a su cargo de Rector de la Universidad de Salamanca. Esta reposición es un símbolo y una bandera para el movimiento republicano. Cuando llega el 14 de abril, Unamuno se encuentra en el balcón del Ayuntamiento de Salamanca desde donde se proclama la II República y desde ese balcón se dirige a la multitud que llena la Plaza Mayor. Hay quien afirma que estaba tan entroncado con esta situación que creía que sería proclamado Presidente del nuevo Gobierno. Unamuno en un artículo publicado en "El Sol", en junio de 1931, reivindica su contribución al advenimiento de la República tan comentada, pero enseguida expresa su cansancio. Esta actitud de repliegue no es muy duradera y decide ser candidato por Salamanca para las Cortes Constituyentes. Lo que sucede es que mostraba gran desconfianza hacia los partidos, a los cuales criticaba sus programas que "no son más que catálogos de soluciones en vez de ser una metodología" y en lo que a él se refiere describe: "Voy a formarme candidato en una campaña electorera más bien que electoral, de la que espero salir ganándome a mí mismo que no es igual que ganar un acta de Diputado Constituyente. Y si me pierdo, no si pierdo la elección, ya sé lo que me espera. Dios me libre". Nunca reconoció la disciplina partidista, insistiendo en que "la política partidaria sólo servía para promover divisiones arbitrarias" y es que "los partidos responden a intereses accidentales y pasajeros y no a grandes intereses sustanciales y permanentes económicos y sociales, regionales o espirituales".

Salió elegido Diputado y en su primer discurso, el 25 de septiembre de 1931, denunció el peligro de que una República sea acaparada por los hombres de partido, además concluía que la mera acción de declararse republicano no significaba un cambio total en el sentimiento popular porque esto sería romper con la naturaleza histórica de España. “La Constitución Nacional, la Historia es la acción de componerse y contarse juntos, en pie y en haz, los nacidos en común, en comunidad de destino. Y ésta es la historia de España desde que es España, y sobre todo desde los Reyes Católicos”.

En lo referente a los responsables del Pacto de San Sebastián, le molestaba profundamente que se les considerara como que tuviesen la patente del republicanismo auténtico, dice: “La República la trajimos todos, no la trajeron los del Pacto; sin pacto habría venido, acaso mejor”. En el discurso pronunciado con motivo de la apertura de curso afirma: “La cultura está por encima de las contingencias formales de gobierno, no hay solución de continuidad en la historia española”.

Intervino en las Cortes, el 22 de octubre, a propósito del artículo de la Constitución relativo a la lengua oficial del Estado. Su discurso es una defensa y exaltación del idioma español, el cual debe garantizar su primacía. Estaba muy orgulloso de sus raíces vascas pero creía que el idioma universal tenía que ser el español, “única lengua para expresar las grandes ideas espirituales que dan a una nación su identidad”. “...En vascuence se puede pensar cómo se alimenta a una vaca y cómo se cultiva el maíz, pero nunca las ideas básicas del nacionalismo bizcaitarra”, dijo. También afirmaba: “El vascuence y el castellano son incompatibles dígase lo que se quiera y si caben individuos no caben pueblos bilingües, es este de la bilingüidad un estado transitorio”. Por eso, Unamuno siempre atacaría a los bizcaittarras encabezados por Arana y Goiri que hacían del idioma y de su defensa la piedra angular de su nacionalismo. El hecho de que Arana hubiera intentado cultivar el euskera, crear las palabras que le faltaban, unificarlo en su profunda y rica diversidad era para los ojos de Unamuno obra de taxidermista. Pensaba lo mismo respecto a las aspiraciones de Cataluña: “Serán más catalanes cuanto más españoles sean. La catalanidad tendrá que ser descubierta en lengua universal”. Por tanto, se opuso tanto a la autonomía catalana como a la vasca, rechazando todo bilingüismo oficial, creyéndolo una cuestión individual que no dependía del Estado. “Sea bilingüe quien quiera y trilingüe y políglota, pero como obligación de ciudadanía, ¡jamás! La ciudadanía es simple y no la hay ni doble ni triple ni múltiple”. Reconoció que el idioma es el “alma del pueblo” y como tal debe expresar su intimidad y ser una fuerza unitiva que trascienda los límites regionales y nacionales. No concebía una nación auténtica sin lengua común y universal y constantemente se declaraba en contra de los idiomas regiona-

les en la medida que intensifican la desunión nacional. Mejor era aglutinarlos en un español nuevo, un castellano rico por medio de un esfuerzo lingüístico.

Días antes, el 13 de octubre de 1931, Manuel Azaña declaró en las Cortes que el pueblo español había dejado de ser católico y que se podía comprobar estadísticamente. El gobierno con una serie de medidas iba cercenando toda manifestación religiosa de la vida oficial, y haciendo de España un Estado totalmente laico. Unamuno apoyaba la separación de la Iglesia y el Estado pero creyó que eran unas medidas excesivas y que iban a producir una fractura. La religión no podía prohibirse con la legislación, la declaración constitucional era absurda porque no tenía en cuenta al pueblo, que podría ser anticlerical y poco católico pero no era antirreligioso. Se unió a los que proclamaban "Dejemos la religión para Dios y la política para el Estado". A pesar de que a la Compañía de Jesús le profesaba su antipatía, le pareció una ofensa a la libertad de cultos el artículo 26 de la nueva Constitución, cuyo efecto fue la expulsión de los jesuitas. Asimismo, le parecía exagerado el poder que tenía la Iglesia y temía que la enseñanza laica proclamada desde el Gobierno tambaleara las raíces culturales del país porque "creer que los maestros nacionales no puedan educar a los niños españoles escamoteando toda noción religiosa es sencillamente no darse cuenta de lo que tiene que ser la educación pública, patriótica". Asimismo señaló: "La presencia del crucifijo en las escuelas no ofende a ningún sentimiento, ni aún al de los racionalistas y ateos y el quitarlo ofende el sentimiento popular hasta de los que carecen de creencias confesionales". Unamuno fue un hombre que durante toda su vida declaró abierta y sinceramente convicciones claras y profundas, producto de una búsqueda de fe, fuera ésta religiosa, artística, política o ética.

Unamuno defiende la totalidad de la herencia española, se vislumbra en su artículo "Somnia dei per hispanos" que es un toque de atención contra quienes quieren que la República vaya a "paso de carga". Don Miguel tenía ese sentimiento de continuidad nacional, de asumir los valores españoles que queda reflejado en el discurso pronunciado, en febrero de 1932, en el Ateneo de Madrid, en el homenaje a Joaquín Costa. Según Unamuno, en Costa, el republicano, es donde mejor se concentra lo que tiene de profundo y popular el carlismo, pero otros aspectos del pensamiento de Costa han sido alterados, especialmente su célebre frase sobre "el cirujano de hierro", único hombre capaz de lograr una reforma en España, frase que se utilizó para justificar la dictadura de Primo de Rivera. Unamuno se alzó contra esa interpretación y dice, refiriéndose a sí mismo tanto como a Costa, "Yo creo que de Costa, como de una porción de gentes que tienen una personalidad, se pueden exhumar textos para defenderlo todo, lo uno y lo otro, y lo de más allá, porque no son gentes de línea recta, sino que viven de un conjunto de contradicciones que es lo que da vía a uno".

En el verano de 1932 vuelve a la actividad parlamentaria. Azaña había sometido a las Cortes un proyecto de Estatuto para Cataluña. Unamuno, en su discurso, se opone firmemente a que en organismos oficiales catalanes puedan utilizar otra lengua que el castellano para sus relaciones con los organismos oficiales de la República. Su tesis principal en el debate es “que hay algo peor que votar contra la propia conciencia que es votar inconscientemente”, lo cual aprovecha para arremeter otra vez contra los partidos. “Muchas veces ha ocurrido, al oír llamar a votar, entrar en la cámara y ver que un compañero preguntaba a un copartidario —no digo correligionario— cómo hay que votar; no qué es lo que hay que votar, sino cómo hay que votar, cuál es la consigna. Yo no podía preguntar eso porque naturalmente no tengo copartidarios, podría decir que mi mayoría soy yo mismo y no siempre tomo los acuerdos por unanimidad”. Sus adversarios le acusaban de no ser un político tradicional y sistemático. Unamuno consideraba que la clasificación de izquierdas, derechas y centro no tenía ya vigencia y declaró: “El Partido pues, entero soy yo solo, completamente solo”. Rechaza los argumentos de los catalanes y vascos cuando se definen como una nacionalidad oprimida, “lo cual es —decía— envenenar la historia y falsearla”, y por consecuencia se niega a votar el Estatuto.

Unamuno se da cuenta del culto a la violencia en los primeros inicios del fascismo español y ello le hace tomar una postura contraria. En un artículo de mayo de 1932 —“¿Fascismo Incipiente?”— motivado tal vez por la conferencia que había pronunciado en el Ateneo de Madrid Ramiro Ledesma Ramos, les echa en cara a los jóvenes fascistas, no tanto el que pongan la violencia al servicio de su doctrina, como el que pongan la doctrina al servicio de la violencia. El brote de fascismo le parece casi inevitable pues es una cuestión de moda, pero no aguanta que se mezcle con el catolicismo.

Fue a finales de noviembre de 1932, cuando pronunció en el Ateneo, ante un gran público, una conferencia que supuso una contrarréplica contra los hombres del poder y concretamente contra Azaña, al que casi acusaba de dictador. Con este discurso don Miguel confirma su postura de intelectual puro, del que no hace concesiones. Supuso un gran escándalo y algunos no dudaron en tacharle “de un poco loco” (como recoge Fernández Florez). Durante casi todo el año 1933 se aparta de la labor parlamentaria y vuelve a recorrer ciudades y pueblos, tomando contacto con la naturaleza, esto lo refleja en un artículo que dedica a Pablo Iglesias al que denomina “uno de los grandes actores y autores de nuestra tragicomedia nacional española”. En un artículo posterior vuelve a arremeter y poner en evidencia sus críticas a los movimientos autonomistas, “¡Hay que ver la antropología, la etnografía, la filología que se les empapiza a esas frívolas juventudes de los nacionalismos regionales! ¡Cómo les están poniendo con los depor-

tes folklóricos, los bailes dialectales y las liturgias orfeónicas! ¿Qué paisaje están haciendo al paisaje?”

En septiembre de 1933, el día 8, momento en el que dimite el gobierno de Azaña le vuelve a resurgir el interés por lo político y reanuda sus escritos. A Gregorio Marañón, que era escéptico frente al porvenir del liberalismo, le replicaba: “Sí, ya sé que dicen que la libertad pasó de moda, pero me moriré defendiéndola”. El 15 de mayo de 1934, el destino le quitó su “costumbre”, le quitó a su mujer Concha. Desde ese momento sólo pediría dormirse como Moisés “con el sueño de la tierra”. Las noticias políticas le provocaban una mayor depresión intelectual que constata de este modo: “Los mismos oradores diciendo las mismas cosas del mismo modo; la abrumadora repetición de los abrumadores tópicos y lugares comunes de cada Partido”. Cuando estalló la Guerra Civil, el 18 de julio de 1936, Unamuno estaba en contra de todo y sólo a favor de “su Majestad España”. Sus comentarios consiguieron un gran eco. Se encontraba en Salamanca en la zona rebelde, donde tenía una perspectiva distinta de muchos intelectuales que estaban en otros lugares. Unamuno empezó por apoyar al ejército rebelde, al cual al principio no veía como un instrumento de represión ni del fascismo, doctrina que siempre repudió. Se cuenta que cuando las tropas nacionales de Franco se apoderaron de Salamanca, al principio de la guerra, resumió su opinión de la política del “Generalísimo” en la consabida conclusión “Venceréis, pero no convenceréis”. Las declaraciones que hizo a la prensa local y extranjera en la que confirmaba su adhesión al levantamiento y en las que también posiblemente sugirió el suicidio de Azaña, obligaron al presidente de la República a destituirle como Rector perpetuo de la Universidad, aunque a los pocos días le restituyeron los sublevados.

El 12 de octubre de 1936, durante la ceremonia con motivo de las conmemoraciones del Día de la Raza, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, se produce su célebre enfrentamiento con el general Millán Astray. Ante los gritos de éste: ¡muera la inteligencia...! Unamuno le corta el uso de la palabra: “En este sacrosanto templo del saber, no pueden proferirse tales palabras”. Al día siguiente es puesto bajo arresto domiciliario, destituido como Rector perpetuo, esta vez por Franco, y así pasó las últimas semanas hasta que falleció el 31 de diciembre de 1936, vigilado por un soldado y rechazado por ambos bandos.

Vemos que la trayectoria política de D. Miguel fue inequívoca:

1. Al oponerse a la Monarquía de Alfonso XIII, se vio procesado.
2. Al oponerse a la Dictadura de Primo de Rivera, se vio desterrado.
3. Al oponerse a los Gobiernos de la República, se vio envilecido.

4. Al oponerse al levantamiento fascista, se vio humillado.

Don Miguel odiaba la discreción, la virtud gris, el término medio prudente y exigía para sí y para los demás la libertad para expresarse con responsabilidad y la libertad para equivocarse. Su política era mesiánica, filosófica y poética, una manera de probar sus propios límites al poner en marcha sus ideales de siempre. Fue un gran polifacético que usó en su obra de todos los géneros literarios: la poesía, el teatro, la novela, el cuento y el ensayo. Y se perciben dos grandes periodos en la obra unamuniana:

1. En el primero, un moderado influjo de su personal concepción religiosa y una apertura hacia las corrientes socialistas y progresistas.
2. En el segundo, se irá acentuando una obsesión por los problemas de la trascendencia del ser humano y se irá configurando un Unamuno más íntimo y más reaccionario en política.

Don Miguel era, en apariencia, un intelectual frío, austero y mordaz pero quienes le conocieron íntimamente constataron su ternura sutil, su sentido de la justicia para todos y su amor en una cruz divina, era a fin de cuentas, uno de los mayores Humanistas, con mayúscula, que se ha configurado dentro del prolífico e impresionante elenco de la intelectualidad histórica española.